



CONGREGATIO PRO CLERICIS

V DOMINGO DE PASCUA – C

Citas:

Ac 14,21b-27:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bapv4n.htm

Ap 21,1-5a:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abs1qu.htm

Io 13,31-33a.34-35:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bp3ram.htm

En la primera Lectura, tomada de los Hechos de los Apóstoles, se nos presenta el último tramo del primer viaje misionero de San Pablo. La misión apostólica requiere un ánimo equilibrado, capaz de enfrentar las dificultades.

Las tribulaciones son un aspecto de la vida cristiana que no queremos aceptar, pero que forman parte de ella de manera indisoluble. Llamarse discípulo de Cristo quiere decir aceptar ser atribulados: no hay discipulado sin tribulación. Sin las pruebas, sin las tribulaciones, ¿llegaremos a comprender la lógica del Reino de Dios? Sin las pruebas, sin tribulaciones, ¿conseguiremos imitar de verdad a Cristo?

Jesús enfrenta todas las pruebas, todas las tribulaciones en comunión con el Padre: ¿quiénes somos nosotros para desear un seguimiento “tranquilo”, sin sobresaltos, sin espinas? Jesús es aquel a quien queremos seguir e imitar también en las tribulaciones.

En la segunda Lectura se nos presenta la nueva Jerusalén que baja del Cielo como una esposa. Dios hace nuevas todas las cosas, Dios crea la ciudad de los hombres, signo de convivencia, de crecimiento cultural y relacional. Siempre es Dios quien crea las condiciones, la posibilidad de vivir y de compartir. Dios planta su tienda en el centro de la ciudad y, en consecuencia, todo debería depender de la presencia de Dios en medio de los hombres y en medio de sus relaciones. Todo lo que en el mundo de los hombres trae consigo sufrimiento, tristeza, angustia, será

borrado en el momento en que Dios retomará el primer lugar en la existencia humana.

En el Evangelio nos encontramos en el Cenáculo. Jesús y sus discípulos viven momentos intensos; uno de los Doce está por traicionarlo. El evangelista, para dar una idea de lo que estaba sucediendo, se expresa con estas palabras: “era de noche”. Con ello no pretende referirse solo al tiempo, sino al estado del corazón del que traiciona y es consciente de su traición. A pesar de todo, Jesús habla de glorificación, habla de un proceso imparabile que encuentra en la pasión y en la cruz su culminación. Ser traicionado, la pasión y la cruz glorifican al Hijo de Dios, que muestra a través de su expoliación su omnipotencia, su reino de misericordia y de amor.

La glorificación en la traición, en la pasión y en la cruz nos permiten percibir la presencia operante de Dios. También nosotros podemos vivir, sentir este proceso de glorificación si aprendemos a despojarnos de nosotros mismos, de manera de hacer visible solo a Dios en su presencia amorosa y benigna.

Despojarse de sí mismo es imposible si no conseguimos amar al prójimo. Jesús no propone un amor cualquiera, sino que da unas coordenadas bien precisas: “como Yo os he amado”. ¿Cómo nos ha amado Jesús? Dándose a sí mismo, aceptando cualquier tribulación, elevando y edificando al prójimo, curándolo no sólo de la enfermedad física, sino de todo mal. ¿Cómo podemos hacer que nuestro testimonio sea verdadero y eficaz? Sólo amando de veras.

“Sólo el amor es creíble”: sólo si estamos insertos en la relación de amor con Cristo, sólo si estamos insertos en la relación de amor con el prójimo, podremos llamarnos verdaderos discípulos.